

## **La máquina de intentar (novela corta, fragmento)**

Juan Pablo Gutiérrez

juanpablo.gutierrez@outlook.com

ORCID ID: 0009-0005-3299-0015

Estos son algunos capítulos de la novela corta titulada “La Máquina de Intentar”, del autor Juan Pablo Gutiérrez. Revista MINKA presenta este extracto debido a su lograda capacidad para dar a conocer, desde el ámbito literario, el valor de la experiencia psicodélica como apoyo en procesos de duelo.

**Palabras claves:** duelo; psicodélicos.

### **1 Uno**

Lo último que recuerdo es el sabor de los hongos mágicos entre mis dientes. Mi consciencia está siendo esa sola expresión. Un gusto amargo, a algo que crece en las sombras, que se alimenta mezclando la muerte y la luz, en otra cosa. Me doy cuenta de que, a la vez, yo soy mi lengua buscando ese sabor, sabiendo que elegí hacer el viaje para poder buscarle la vuelta a lo que me vence desde la muerte de mi padre: dejar de estar triste y entenderme, pero no en un ejercicio paupérrimo y narcisista, sino para saber por qué, de todos los humanos posibles, yo soy como soy.

Mientras tanto, un crecimiento: si estoy siendo el sabor, también soy la lengua que lo experimenta. Esa misma lengua que había experimentado el sabor de los hongos de cocina cuando cursaba la universidad. Recuerdo un guiso y ahí está mi amiga, revolviendo sin mucha idea, una salsa que nos habíamos propuesto hacer, pero hay otra cosa, el fantasma del ser que tiene una lengua, y que, con esa lengua, con la punta de esa lengua, mueve un pedacito de carnosidad llena de psilocibina y se la traga.

Veo un perro por una ventana, la ventana de mi casa, y ahí están mis manos escribiendo este texto en el teclado. Y me veo en problemas. De algún modo sigo siendo yo, pero ahora habitado por el ser que expresa la idea que tengo de mí mismo. El viaje me va llevando hasta invadirme como una consciencia parásita. Puedo ver cómo la luz del mediodía se cuele por una ventana que da al noreste, y que esa luz ilumina de una manera esplendorosa y llena de vida, el redoblante de una batería electrónica que tengo en el living comedor de mi casa. Hasta recuerdo cuando la compré online, incluso revivo la angustia de la espera; toda compra en el

fondo es una estafa. Me acuerdo del meme No estamos listos para esa conversación. Acordarme del meme, de la compra, pensar una frase que asocie cosas, el humor, los impulsos, ahogar la existencia en las ideas. Todo apesta a que sí, está ahí. Viendo mis manos teclear. Sus manos teclear.

Me doy cuenta de que tengo frío. Y me siento un idiota.

Qué poco registro del cuerpo, hermano. Tenés que frenar la escritura para calentarte las manos, así que las entrelazás y le hacés fuuuuuuuuuuuuu para que ganen algo de calor. Eso te hace acordar a uno de tus hermanos. No sabés bien por qué, pero ahí está el recuerdo de un juego infantil: el ladrón y la policía. Lo jugaban entre tres; tu hermano mayor, tu hermano menor, y vos. El mayor esperaba dentro de un cuarto. Él era el ladrón, y debía fingirlo. Vos y tu hermanito, policías rudos que golpeaban la puerta para inmediatamente entrar orondos y marciales a revisar el lugar. Una de esas veces, tu hermano mayor escondió su arma entre los muslos. Vos, ni bien entraste, lo viste, pero te pareció tan gracioso que no valía la pena advertir nada. Recordás que a tu hermanito le faltaban algunos dientes. Que estaban muy flaquitos y vestidos, ¿cómo le habías escuchado decir a ese pibe bien que habían invitado a tu casa? Algo como que tenían pantaloncitos de papel y zapatos de cartón pintado.

Me detengo un ratito en esa crueldad. Me quedo en blanco, no sé qué escribir. No sé, tampoco, por qué esas palabras se me quedaron tan pero tan marcadas en la conciencia. Me gustaría que los honguitos me liberaran de esos tatuajes, pero no, ahora me hacen ponerlos por escrito en una página y atestiguar su transformación en otra cosa.

Me veo hacer otras cosas, soltar la página, ir al chat, reírme con amigos de una diputada chilena corriendo como Naruto.

Habitándome, no lo entiendo.

Es como si estuvieras pescando una cosa enorme, monstruosa. Sabés que está ahí, lo sabés porque escuchaste a un montón de gente y viste a un montón de gente pescarla. Pero vos, o sea yo, elegís tironear, tironear y de pronto soltar para que la bestia huya. Que escape.

Y dejás la anécdota sin terminar, el oro sin relucir. ¿Cuántos mueren en cada expedición?

Y lo que ahora me ceba. ¿Por qué las hacemos si no las vamos a terminar?

Pasa un perrito por la ventana. Lo ve y lo veo, lo vemos. Y no es nada, es la nada misma. Ahí va otro, ambos son negros y corren despacio a sus urgencias de perritos.

Y, sin embargo, sé que eso me dice que este capítulo termina aquí.

## 12 Doce

Ya aliviado del baño, el viaje se vuelve lívido. Me doy cuenta de lo poderosa que es la psilocibina. Puedo habitarla, reflexionar sobre mi propia narrativa. Tengo miedo de que a la salida lo pague caro, de encontrar que todo lo que estoy contando se está evaporando de mí. Yo soy ésta y más historias, pero al mismo tiempo no lo soy, porque cuando me abandonan, soy lo mismo que vos cuando te abandonan tus historias.

## 19 Diecinueve

Cuando comencé a considerar tomar psicodélicos para superar mi depresión, me encontré con un texto bastante curioso de un psiconauta muy conocido llamado Terrence McKenna.

Lo que el texto dice, desafiaba concepciones de realidad que tenía muy arraigadas, y claro, me generaba risa y desconcierto. Con psilocibina en mi sistema, encuentro una canción muy tierna que tomó el discurso de McKenna y sus palabras vuelven como una ola a romperse en los arrecifes de mi incredulidad, pero esta vez, siento que nunca escuché lo que me estaba contando.

Dice el psiconauta, sobre un viaje de DMT, sustancia mucho más poderosa que los cucumelos:

«Me encuentro con elfos mecánicos auto-transformantes. Que son criaturas o entidades, no lo sé. Aunque no están hechos de materia. Están hechos de una sintaxis de luz. Es una de las partes más desafiantes de todo el paisaje psicodélico. La mayoría de las personas puede aceptar la idea de la dispersión sensorial, dispersión de información, recuperación de material traumático, pero, ¿qué debemos hacer con un elfo?».

Es, sí, sorprendente. Con mi compañera lo discutimos: que es una proyección de la conciencia, que nuestra mente es muy, muy poderosa, que ver para creer.

Sigue, hablando de psicoanálisis: «Aunque Jung hizo un buen trabajo cuando dijo que los elementos autónomos pueden escapar del control de la psiquis y presentarse como entidades independientes. No estoy seguro de que él haya visto alguna vez elfos mecánicos auto-transformantes. Estas cosas te molestan, vienen saltando hacia adelante por docenas, por cientos, como rottweilers muy mal entrenados. Saltan a tu cuerpo. Saltan de tu cuerpo.

Estoy dispuesto a considerarlo como una experiencia propia, tal vez tengo una relación especial con estas cosas, pero en el Amazonas, las personas que usaban

DMT, dijeron que la razón por la que lo hicieron, fue para hablar con la gente pequeña.

¡Tomaron DMT para hablar con la gente pequeña!

¡Hablar con la gente pequeña! ¿Se imaginan?».

Y describe los seres que vio: «Estos elfos son amigables, pero juegan rudo. Son pequeños, llenos de alegría, casi a un nivel maníaco y aterrador. Es como una caricatura de Bugs Bunny que se volvió loca en una tierra de explosiones y caídas de yunques. El sentimiento abrumador que sentís es amor, este tipo de amor que es una afección loca e infantil.

Estas entidades están encantadas de tenerme en su presencia, tienen una agenda, una agenda muy curiosa. Usan un lenguaje que ves que está hecho de sonido, pero lo ves, y todo el punto del encuentro parece ser el de enseñarte esto: Quieren que transformes tu idioma. Quieren que hables élfico. Y vos te quedás como ¡¿qué?! Si nunca probaste DMT y acabás de fumarlo, llevas 30 segundos en esta experiencia y todo se reduce a eso. ¿Qué debemos hacer con un elfo?».

Pensé en todos los pensamientos automáticos negativos que me acosan, y me maravillé ante esa posibilidad: que lo que más le preocupe a mi mente, fuera qué hacer con las enseñanzas de un elfo.

## 20 Veinte

Mi papá murió el tres de agosto de mil novecientos ochenta y siete, hace exactamente treinta y tres años y seis días. Siempre escuché que el alcohol y el cigarrillo lo mataron, pero yo creo que fue otra cosa más: la depresión. Casi toda mi infancia la pasó en hospitales, con esporádicas estadías en casa. Recuerdo que salía por las tardes a caminar con un pijama de hospital, a buscar colillas en las paradas de colectivo cercanas. Era empleado ferroviario, y cuando sus problemas con el vino le trajeron consecuencias físicas, el Estado comenzó a otorgarle una licencia tras otra, impidiéndole trabajar.

De sus días en casa tengo pocas memorias, a saber: Abrir la puerta de entrada y verlo ahí parado, sonriendo, con la ropa del hospital. Estoy junto a mi hermano menor ahí, y soy muy feliz. No conocí a mi papá, pero la felicidad que me produce evocar ese recuerdo me dice que no era un hombre malo. Se contradice con otro momento, estamos en la mesa y mi papá tiene cortada la mejilla. Dijo algo de más y alguien lo cortó al darle una bofetada. En otro momento, estoy jugando en un patio interno, llovió y el piso está mojado. Estoy desnudo, saltando y pateando charcos. Mi papá desde unos metros me mira, y entiendo que parte de la felicidad de mi

juego es saber que mi papá está ahí. De pronto me resbalo y me doy la frente con el piso; llantos y gritos, mi papá no se mueve. Viene mi mamá, me levanta, me lleva a mi cama, y me arropa. Busca un cuchillo de carnicero, y me lo pone en la frente para bajarme el chichón. Yo siento los pasos de mi papá. Llega y me mira desde el marco de la puerta. Tengo miedo. Nunca me pegó, pero no lo conozco, quiero amarlo, quererlo, saber qué ve cuando me mira, y no lo sé, así que sigo llorando, de miedo y de ignorancia.

Recuerdo estar formando para mi promesa a la bandera en cuarto grado, y un compañero me señala a otro, y me dice: «dice Tal, que tu papá se murió». No es cierto, todavía, y me enfurezco, soy pequeño de estatura, pero voy y lo empujo, ambos lloramos y me doy cuenta que no lo dijo con mala intención. Sólo lo dijo para compadecerme. Me va a llevar muchos años aceptar la idea de la compasión.

Cuando mi papá muere, con mi hermano, dos años menor, estamos en la casa de un compañero. En ese momento mi compañero está en clase, a nosotros nos permiten quedarnos vaya uno a saber por qué. Con mi hermanito hacemos algo que no debemos, le sacamos las pelotas de tenis que tiene para sus prácticas profesionales, y vamos a jugar a la terraza. Y recuerdo, exacto, que la pelota pica mal y cae en un tarro de pintura que no habíamos notado. Estamos pensando cómo ocultar la cagada cuando nos llaman. Bajamos, y está uno de nuestros hermanos mayores. No puedo ver su cara, el viaje no me deja tanto, pero sí lo que siente: está muy, muy triste. Nos hace un mimo en la cabeza, le decimos que estamos bien, y nos dice que preparemos las cosas, que nos vamos a casa.

Cuando llegamos, encontramos nuestro hogar revolucionado. Tías, primos, parientes por aquí y allá. Todos nos miran con profunda lástima, estamos estrenando orfandad.

Nos meten en nuestro cuarto. Recuerdo que estamos sentados en el piso, confundidos, nadie nos dice que nuestro papá se murió, pero lo sabemos. Pero como nadie lo dice, no lloramos, sólo nos hundimos en las arenas movedizas de la tristeza.

Entra el cuarto el hermano con el cual jugamos a ladrones y policías. Entra cantando, sonriente. Canta la melodía de un villancico. Tiene los ojos hinchados, sus ojos no ríen. En las manos de este Papá Noel hay una gran bolsa, que abre su boca y desparrama el contenido en el piso. Llueven un montón de juguetes usados y no podemos creer lo que está pasando, damos un grito de alegría, no solemos recibir juguetes.

Cuando me haga más grande, voy a ocultar a muchos la muerte de mi papá. Más tarde que temprano, me lo voy a recriminar y voy a poder conectar con esas

emociones, a llorar en un recital de Pearl Jam cuando tocan Release; voy a poder contarles a mis amistades, y hasta bromear sobre mi historia. Ganarle a la solemnidad es de lo más reconfortante, y es donde quiero vivir.

Durante mucho tiempo, la muerte de mi padre fue una solemne Navidad en agosto.

Y eso fue lo primero que me mostraron los hongos, mi punto de vista.

## 21 Veintiuno

Acostado, me dejo llevar por mi tren de pensamientos. Afuera atardece, por la ventana se ve la escasa luz del invierno poblada de sombras. El viaje ya está en su fase final, cuando me doy cuenta de lo que tengo que hacer. Había perdido tiempo visitando versiones mías del pasado, y sí, me sería muy útil en el futuro. Todo lo malo y todo lo bueno que había hecho, tomaba otra perspectiva desde la profunda compasión hacia mi condición humana que había experimentado. Había conocido un momentáneo perdón, y ahora al menos sabía que era una posibilidad. Le había pedido a los hongos que me ayudaran a sanar, y me estaban ayudando, pero el último movimiento debía ser una idea propia. Lo supe, supe muy claro dónde tenía que ir, y qué debía intentar.

La oscuridad me cubre por completo, me abraza y siento que me hundo en una sopa de fuego donde lo que yo era, se diluía. Había escuchado sobre la disolución del ego, y en cierto punto sentí que algo de eso era, aunque al mismo tiempo un cierto terror competía con un dejarme llevar. Estoy dentro de mi padre, muriendo con él. Lo inefable otra vez. Jamás podré explicar la sensación, sólo sé que ahí estoy, en su cuerpo, en una cama de hospital, y que siento el más aterrador de los miedos, el de mi propia muerte, porque yo soy él, estoy dentro de él y nos estamos muriendo.

Veo en mi mano derecha, su mano derecha, los dedos amarillos del tabaco. Pienso en mis cinco hijos, en mi vida, en mi esposa, y no, no quiero la muerte, y al mismo tiempo luchar es un sinsentido. Mi cuerpo llega hasta acá. En ese momento, cuando siento que su miedo se transforma en puro amor, muchísimo amor por toda su experiencia humana, supe que había muerto con él. Lo abrazo con una paz intensa, mientras lágrimas de alivio bajan por las mejillas de mi cuerpo inmóvil, en una tarde de agosto de dos mil veinte.

Siento que la densa oscuridad se convierte en una caverna enorme, prehistórica, llena de susurros. Muchos son los habituales, aquellos que me deprimen hasta dejarme en la cama. Pero puedo notar que, detrás de las voces de esos demonios, están las voces de mi padre, y de los muertos que me guían. Sólo tengo que quedarme quieto y aprender a escuchar.

---

Abro los ojos en mi habitación. Siento que toqué un nervio del cosmos, y que algo en mí está por cambiar, cuando te veo. Estás al lado mío, el viaje también fue idea tuya. Pienso que voy a escribir sobre este viaje, sé que vas a leer cada capítulo con generosidad y que llegando a este punto vas a vivir una experiencia única, porque acá, en estas palabras, se cruzan muchos universos, el de la ficción, el de tu propia experiencia leyéndome, el de la mía escribiendo, el recuerdo que vamos a tener los dos de ese día. Y que quizás la idea de consagrar la vida al amor hacia vos, hacia otros, después de todo, ni es tan cursi, ni es tan mala, ni es tan hippie y vale la pena que lo intente, y vale también que lo escriba.

Puedo sentir, al verte sonriendo por alguna broma que nos hicimos, que mi mayor problema de ahora en más, es saber qué hacer con un elfo.

Y eso, qué quieren que les diga, me parece un planazo.

**FIN**